



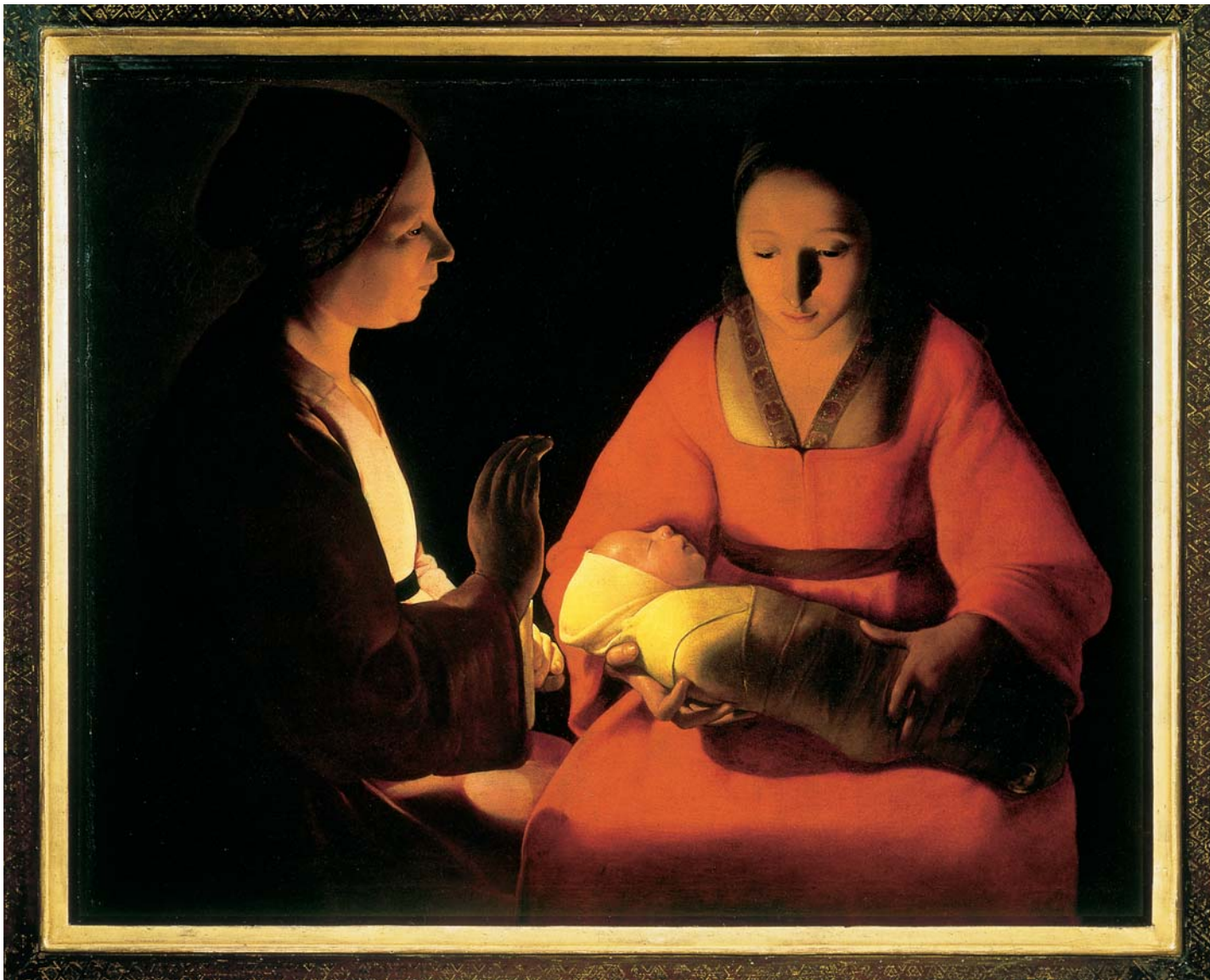
El Recién Nacido

Ilustración: *El Recién Nacido* (o *La Natividad*)
de Georges de La Tour,
museo de Bellas Artes y Arquitectura de Rennes (Francia),
Mediados del siglo XVII, entre 1640-1648.

Texto: Juan María Tezé.



El Recién Nacido es el nombre dado a esta Natividad pintada por Georges de La Tour. Y con mucha razón, pues nunca antes pintor alguno había evocado mejor el inicio de la vida humana. Carne de recién nacido, carne desnuda sin



cabellos ni pestañas, carne apenas formada, todavía transparente en la delicada nariz que deja entrever las finas redes que constituyen sus venas: "Y la sangre recién nacida sobre sus labios de rosas corría dentro de la malla de las venas caladas" (C. Péguy). En la mejilla, la piel del niño

presenta un aspecto de membrana húmeda, todavía mojada por la larga estancia nocturna que ha pasado en el vientre materno y es
a h o r a



expuesta al aire y a la luz. ¡Por eso es tan frágil! "Todo lo que la fisiología puede decir sobre el principio de la vida del hombre está aquí presente, escribe Taine. Nada puede expresar mejor el profundo sueño absorbente de este pequeñuelo, que dormía ocho días antes en el vientre de su madre. El pequeño cuerpo está envuelto y ceñido en los pañales blancos, rígido como una funda de momia. Imposible describir mejor el torpor primitivo, el alma aún amortajada." Al espíritu humano, naturalmente dispuesto a elevarse, le cuesta mucho creer que Dios pueda rebajarse al grado de asumir la

carne y la sangre, que constituyen las cosas más opuestas al espíritu. Esta imagen del recién nacido, del alma envuelta en la carne, es irremplazable: nos muestra inexorablemente el realismo de la encarnación.

María, totalmente absorta y por ende despojada de cualquier sentimiento propio, parece muy conmovida, casi invadida por las lágrimas, como si presintiese ya el drama del Calvario. Carga a su hijo con un respecto infinito, no lo estrecha sino que apenas lo toca. Lo presenta, lo ofrece, lo carga un poco como lo hará más tarde, cuando Jesús bajado de la cruz descansará de rodillas.



Sin embargo, el rostro de María, de un óvalo muy puro, muestra una paz que la ilumina aún más. La fe de la Madre de Dios es más profunda que su tristeza.

Otra mujer, Santa Ana, contempla el recién nacido. Tranquila, atenta, solícita, protege con la mano una vela temiendo que un soplo la apagaría. Pero la verdadera intención del pintor es ocultar la fuente de luz, que irradia así sólo indirectamente por reflexión. Esto acentúa la



dramatización de la escena, iluminando vivamente a los personajes, intensificando el rojo del vestido de María, que llena la

tela de su color de sangre. Y refuerza también el simbolismo de la imagen: en el espacio neutro, oscuro, sin decoración alguna que lo sitúe, el Niño Dios parece más presente, más central y más luminoso. *Es Él, la luz que ha llegado a las tinieblas.*

Esta pintura es la imagen de lo que debe ser nuestra oración en este tiempo de Navidad. Con el invierno, la naturaleza se ha desnudado, las

palabras se han desvanecido en el silencio, los ademanes se inmovilizan en la contemplación del recién nacido. Todo calla, nada se mueve, el tiempo se ha parado. Nuestros pensamientos, nuestros problemas, nuestras preocupaciones se han ido. Sin dejar de arder, la llama de nuestro deseo se ha escondido para recibir la luz divina que trae Cristo.

